

Como en botica

Canción de amor para despertar un yonqui

JOAQUÍN MATTOS OMAR

Collage Editores, Bogotá, 2014, 104 págs.

I

Canción de amor para despertar un yonqui es el primer libro de cuentos publicado por el escritor samario Joaquín Mattos Omar, reconocido autor de tres libros de poemas, columnista y periodista cultural. Cabe recordar, no obstante, que un cuarto de siglo antes, la Fundación Simón y Lola Guberek dio a conocer en Bogotá *Páginas de un desconocido*, volumen de prosas suyas, compuesto de narraciones breves, crónicas y apuntes varios.

Entre los veintiún textos que conforman *Canción de amor*, hay cuentos cortos, cuentos más largos, relatos de corte realista y fantástico, sueños, canciones, anécdotas ficcionadas, memorias de infancia, monólogos, fabulaciones, elucubraciones, divertimentos, retratos, homenajes literarios, juegos de palabras y crónicas de la era digital. Hay de todo, como en botica, para que el lector explore y pondere según sus preferencias.

II

Las piezas de corte fantástico responden al modelo de algunas de las narraciones breves presentes en *Páginas de un desconocido*. En estas piezas, como en la muy difundida historia del hombre que pierde su sombra en un incendio, “maravillosa e increíble novedad”, extraño caso, alguna “conducta anómala” altera la normalidad y genera desde vagas inquietudes, hasta agudas y abrumadores turbaciones en los personajes, quienes de un momento a otro ven que su mundo se puso al revés.

Los primeros argumentos de este tipo que integran *Canción de amor* ocurren en el ámbito laboral, “o, para ser preciso, en el habitualmente normal y rutinario mundo de las oficinas” (p. 18). “Desventuras de un desempleado”, uno de estos, recrea el drama de un hombre que, luego de trabajar durante once años en una empresa, vive la pérdida de su empleo como “una suerte de segregación, de exilio”, que le produce “un sentimiento de casi

humillante derrota”. Tras meses de soportar la crisis, una noche, el hombre sueña que su ausencia en el trabajo se debe, simplemente, al hecho de estar de vacaciones:

ahora por fortuna todo estaba claro: sólo se trataba de un largo y merecido receso que terminaba justamente aquel día, y en el sueño se alegró mucho de que a la mañana siguiente debía ya reintegrarse a sus labores de siempre. (p. 14)

Exultante, aliviado, el desventurado se levanta muy temprano, se arregla y, ante la mirada estupefacta de su mujer, sale a toda prisa para regresar a la oficina. En este caso, como en el opuesto de “La tentación del ocio”, en el que un dormilón que recita a Gil de Biedma resuelve no regresar nunca al trabajo; o el de “Una stripper al revés”, cuando el *striptease* consiste en ponerse, y no en quitarse la ropa; o en el cuento “Un montoncito de basura en la prisión”, que habla de un reo que sale de su celda cinco años después de muerto por haber sido condenado a pudrirse en la cárcel, el oficio del narrador depende de su habilidad para persuadirnos de la realidad y del simbolismo de sus mundos alterados. En razón de ello, estos cuentos fantásticos se leen casi que como divertimentos: artilugios, ejercicios verbales fríamente calculados, mecanismos narrativos bien aceitados que cumplen sus expectativas gracias al ingenio y virtuosismo del autor.

III

En otro de esos relatos, un hombre cae en una “alucinada regresión” navideña al contemplar un Papá Noel mecánico en medio de una callecita del barrio Las Delicias. Alelado, el personaje saluda y sonríe con afecto al muñeco cada vez que pasa delante de él, “pero cuando doblaba la calle era como si doblara la última página de un cuento fantástico: la cruda realidad racional retomaba su lugar (...)” (pp. 35-36).

Pues bien, en *Canción de amor para despertar a un yonqui*, al doblar la calle de lo fantástico se llega a la cruda realidad y de allí surgen, en mi opinión, los textos más notables e inquietantes del conjunto. El cuento que le da título al libro, por ejemplo, desarrolla un

diálogo impactante entre una abuela y su nieto drogadicto. El tono directo y descarnado recuerda el de aquella autoentrevista en la que Truman Capote se declara homosexual, alcohólico y drogadicto. En este caso, durante la conversación que sostienen en la penumbra de la madrugada, el yonqui procura explicarle a la abuela por qué la noche anterior regresó a la casa descalzo y en calzoncillos:

—Es que todo vicio nos desnuda, pone al descubierto lo mejor o lo peor de nosotros. O ambas cosas. —Hizo una pausa y agregó—: ¡Mi corazón al desnudo, por fin! ¿No te parece excitante, abuela? (pp. 44-45)

La experiencia del vicio atraviesa también “Una casa de vecindad” y “Un lastimado”, dos de las nueve narraciones breves que Mattos publicó en 1989. La segunda presenta una semejanza sorprendente con la historia del yonqui, cuando el protagonista, “irremediabilmente ofendido por la naturaleza y el destino”, confiesa su total dependencia de las drogas y afirma: “Ya nada ni nadie me cura de este mal”. Son casi las mismas palabras que el yonqui le dirige a la abuela en un momento: “Nada podrías hacer, abuela. Ya nadie puede hacer nada por mí”.

Hay otra historia corta, de realismo crapuloso, que hace parte de *Canción de amor*. Con epígrafes del Santo Oficio y de Quevedo —“Pides felicidades a tus vicios”, reza el de este último—, “La propina del diablo” registra la ofrenda, el “pitillo propiciatorio” que las muñecas de la avenida Líbano con la calle 70 en Barranquilla —“cinco alegres y bulliciosas damas de acera”— dirigen *religiosamente* al diablo para que les ayude a coronar sus ventas de droga. En estas páginas, no hay concesión alguna a la fantasía, es puro realismo de bajos fondos:

cada noche, antes de empezar la jornada, preparan un cigarro especial de marihuana mezclada con una dosis de patraseo, que van fumando lentamente, con la gravedad y solemnidad de una ceremonia, aspirando a fondo su excitante fragancia, pasándolo de mano en mano, compartiéndolo con silencioso fervor hasta apurarlo del todo (...). (pp. 42-43)

RESEÑAS		CUENTO
<p>IV</p> <p>“Un día después del martes” tiene como protagonista a García Márquez. Mattos ama y conoce a Gabo lo suficiente como para hacerlo su personaje. Hace poco, publicó <i>En la madriguera del genio</i>, diecinueve “ejercicios de admiración” acerca de la obra, vida y personalidad del Nobel. En el cuento, García Márquez despierta un día después de cumplir ochenta años. El título es veraz, porque en efecto él cumplió esa edad el martes 6 de marzo de 2007. De modo que el guiño de titular mezclando “La siesta del martes” con “Un día después del sábado”, cuentos del genio de Aracataca, funciona.</p> <p>Esa mañana, el Gabo del cuento se levanta enaguayabado: “un estrago natural de la parranda de su cumpleaños que se había prolongado hasta después de la media noche”: reescribe Mattos en cursivas, parafraseando la resaca de Santiago Nasar al comienzo de <i>Crónica de una muerte anunciada</i>. En el baño, Gabo se mira con detenimiento en el espejo redondo de cromo pulido y, más tarde, en la poltrona de su estudio, mientras Mercedes le pasa una llamada del New York Times, medita en lo que él mismo llama “la soledad de la fama” y que el narrador denomina sin tapujos “su magnífica gloria de mierda”.</p> <p>Este homenaje de Mattos en honor de un autor de su entraña se complementa con otro, espléndido, pero, esta vez, para un personaje ficticio: Jay Gatsby, el protagonista de la novela de Scott Fitzgerald. En ambos textos, tanto en “Un día después del martes”, como en “Monólogo de un hombre llamado Gatsby”, la apropiación del mundo interior de los personajes hace que el gran Gabo y el gran Gatsby que Mattos nos presenta resulten de una honda y convincente complejidad.</p> <p>V</p> <p><i>Canción de amor</i> cierra con cinco historias en las que se aprecia un lenguaje narrativo cada vez más íntimo y reposado. “Retrato de la lluvia como paisaje urbano” despliega una vívida y minuciosa semblanza de un aguacero en Barranquilla, tema del que Mattos, quien se sabe aquejado por una irreparable <i>pluviofilia</i>, se había ocupado ya en “La silueta triste de la lluvia”, crónica incluida en la colección</p>	<p>Guberek. “El país desconocido” es un texto escrito especialmente para el libro <i>El país imaginado</i>, para cuya producción, Robinson Quintero Ossa convocó a 37 poetas que describieran su visión de un posible paraíso en la Tierra. En el país desconocido imaginado por Mattos, “Los viejos templos de las desaparecidas religiones han sido habilitados como bares alegres y ligeros”, no hay forma alguna de gobierno, la economía se basa exclusivamente en industrias sin chimeneas y una de las principales diversiones públicas consiste en “disfrutar con delectación morosa los milagros laicos de cada jornada”:</p> <p style="padding-left: 40px;">el vuelo de las aves, el atardecer, la luna llena, las constelaciones, el rumor constante del mar durante la noche, la suave caída de una hoja de la copa de un árbol, la conversación con dos o tres amigos, el sensual caminar de una mujer. (p. 68)</p> <p>A su vez, “Word Fiction” es una aguda crónica de la era digital. En ella, el autor, a partir del <i>shock</i> que le produce toparse una noche con la palabra “simiembra”, narra las peripecias lingüísticas que experimenta en su computadora con el corrector de Word, al que considera “una suerte de androide diabólico”, “un moderno avatar del viejo diablillo del linotipo”. El elemento vivencial se torna más presente en “El jurado” y “La Florida, años 70”, los últimos relatos del libro. No creo que Mattos se corresponda necesariamente con Sabogal, el profesor de literatura que tiene una aventura con una joven prostituta en las páginas de “El jurado”, pero la riqueza de pormenores del viaje que el personaje realiza a Villavicencio para participar en el fallo de un concurso de cuento, da pie para pensar que se trata de un anecdotario ficcionado.</p> <p>El texto de cierre, “La Florida, años 70”, es inequívocamente autobiográfico: aborda parte de la infancia de Joaquín, desde que llega con su familia a vivir en Barranquilla, en “el número 23 de la avenida Los Estudiantes con</p>	<p>la calle 80” del barrio La Florida. Esta atenta memoria de sus primeros años, en la que Mattos hilvana a discreción episodios del “maravilloso paraíso privado” en que vivía, permite entrever que, de proponérselo, en un futuro el poeta continuará trazando su narrativa con rasgos de su existencia. Al fin y al cabo, como afirma uno de los apuntes de <i>Páginas de un desconocido</i>, el escritor es “un hombre que ‘dibuja’ sus sentimientos, sus obsesiones, para que estos no lo ahoguen”.</p> <p style="text-align: right;">John Galán Casanova</p>